



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A URUGUAY, CHILE Y ARGENTINA

CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL PAPA JUAN PABLO II

Aeropuerto «Comodoro Arturo Moreno Benítez» de Santiago de Chile

Miércoles 1 de abril de 1987

*Excelentísimo Señor Presidente de la República,
Señores miembros de la Junta de Gobierno,
amados hermanos en el Episcopado,
autoridades civiles y militares,
hermanos y hermanas todos muy queridos:*

1. ¡Alabado sea Jesucristo! Sean éstas las primeras palabras que pronuncian mis labios en esta querida tierra de Chile. Con ellas quiero expresar mi saludo, mi plegaria y el lema de mi ministerio apostólico, ya que, como Pastor universal, mi afán, así como el de toda la Iglesia, no es otro que el de *alabar y celebrar a Jesucristo*, anunciando su nombre bendito a todos los pueblos, porque no hay otro nombre en el que podamos encontrar la salvación (cf. *Hch* 9, 12).

Prosiguiendo mi ya largo *itinerario evangelizador* por las más diversas latitudes del orbe, llego ahora a vuestra amada nación. Con inmensa alegría y profunda gratitud a Dios y a su dulce Madre, la Virgen del Carmen, he besado, lleno de emoción, el suelo de esta noble tierra; he querido abrazar así, con expresiva simpatía y especial afecto, *a todos los chilenos* sin distinción, hombres y mujeres, familias, ancianos, jóvenes y niños.

Vengo a vosotros como siervo de los siervos de Dios, Obispo de Roma, que empuña el cayado de peregrino, la cruz de Cristo Salvador, y se hace *heraldo de evangelización, mensajero de nueva vida en Cristo y de la paz verdadera*: “La paz –pues– a todos vosotros los que estáis en

Cristo”, os digo con palabras de San Pedro (1P 5, 14).

En este saludo queda compendiado el más profundo deseo que brota de mi corazón de hermano vuestro y Pastor de vuestras almas.

2. Dios me concede hoy la gracia de ver cumplida la aspiración, por mí tan acariciada, de venir a visitaros. Por eso, mi gozo es ahora grande. Os agradezco vuestra cordial bienvenida con la que manifestáis la generosa hospitalidad que es una de las características de este pueblo chileno noble y acogedor. Sé que desde hace tiempo esperabais este encuentro, que deseabais ardientemente recibir al Papa para expresarle vuestro amor y reforzar el vínculo de fidelidad que os une al Sucesor de Pedro.

Al visitar vuestra tierra yo *bendigo y alabo al Creador*, que la ha dotado con una prodigiosa riqueza de bellezas naturales, concentrando aquí—como dicen vuestras leyendas—todo lo que le restó al finalizar la obra de la creación del mundo: montañas, lagos y mares, climas diversos, vegetación espléndida y áridos desiertos, colores y panoramas fascinantes.

Admiro la maravillosa naturaleza de vuestras tierras, pero admiro sobre todo *vuestra fe*, que yo deseo confirmar y estimular. Sois un pueblo cristiano y ésta es vuestra mayor riqueza. Recibisteis la luz del Evangelio hace ya casi cinco siglos y ahora el Sucesor de Pedro viene a alentar entre vosotros *un nuevo esfuerzo evangelizador*.

3. Así, pues, mi peregrinación por vuestras ciudades: Santiago, Valparaíso, Punta Arenas, Puerto Montt, Concepción, Temuco, La Serena y Antofagasta, será un *itinerario de evangelización*.

Mi mensaje va destinado por igual a todos los hijos de Chile; es un mensaje pascual y, por lo tanto, es un mensaje de vida: de la vida en Cristo, presente en su Iglesia; también en la Iglesia que está en Chile, para promover en el mundo la victoria del bien sobre el mal, del amor sobre el odio, de la unidad sobre la rivalidad, de la generosidad sobre el egoísmo, de la paz sobre la violencia, de la convivencia sobre la lucha, de la justicia sobre la iniquidad, de la verdad sobre la mentira: en una palabra, *la victoria del perdón, de la misericordia y de la reconciliación*. Esa vida en Cristo y por El es la que da plenitud a la existencia humana aquí en la tierra, a la vez que es prenda de la vida eterna en los cielos.

4. Con el *Evangelio en la mano*, quiero sentirme peregrino dentro del corazón de todo hombre y de toda mujer chilenos, en el corazón de este pueblo que vive su concreta experiencia histórica, con los desafiantes problemas del presente. Vengo para compartir vuestra fe, vuestros afanes, alegrías y sufrimientos. Estoy aquí para animar vuestra esperanza y confirmaros en el amor fraterno.

Como *heraldo de Cristo*, portavoz de su mensaje al servicio del hombre, junto con todos los

Pastores de la Iglesia, proclamo la inalienable dignidad de la persona humana creada por Dios a su imagen y semejanza y destinada a la salvación eterna.

Animado por este espíritu, exclusivamente religioso y pastoral, quiero celebrar con vosotros *el misterio pascual de Jesucristo*, para insertarlo más profundamente en la vida y en la historia de vuestra patria tan amada.

Meditaremos en común las enseñanzas del Señor, rezaremos unidos, y comunitariamente trataremos de hacer que el *mensaje del divino Redentor* penetre en nuestras vidas y en las estructuras de la sociedad, para transformarlas según el plan de Dios, convirtiendo los corazones y construyendo un país reconciliado.

5. He aceptado con gozo la amable y reiterada invitación a visitaros que me hicieron tanto el Señor Presidente de la República como vuestros obispos.

Reciba usted, Señor Presidente, mi deferente saludo, así como la expresión de mi gratitud por sus cordiales palabras de bienvenida. Un saludo y un agradecimiento que hago extensivo a las demás personalidades aquí presentes: miembros de la Junta de Gobierno, ministros de Estado, magistrados de la Corte Suprema de Justicia y demás autoridades civiles y militares.

Mis sentimientos de gratitud se expresan en afectuoso abrazo de paz a mis hermanos en el Episcopado, que se hallan aquí presentes para recibirme en nombre de toda la amada Iglesia que está en Chile. Saludo igualmente con afecto a los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, catequistas y laicos que, con su trabajo apostólico y testimonio cristiano, edifican el reino de Cristo, en fidelidad a Dios y a la Iglesia.

Saludo finalmente a todos los habitantes del país de cualquier clase o condición; pero *de modo especial* mi saludo y afecto se dirige a los pobres, a los enfermos, a los marginados, a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu. Sepan que la Iglesia está muy cercana a ellos, que los ama, que los acompaña en sus penas y dificultades, que quiere ayudarles a superar las pruebas y que les anima a confiar en la Providencia divina y en la recompensa prometida al sacrificio.

6. Con este *espíritu evangélico de amistad y fraternidad* deseo iniciar mi visita.

Y al comenzar mi peregrinación con la paz de Cristo, dirijo confiado mi mirada al santuario nacional de Maipú para pedir a vuestra Patrona, la Virgen Santísima del Carmen, que ilumine y guíe mis pasos por los caminos de Chile. “María es la Memoria de la Iglesia. La Iglesia aprende de Ti, María, que ser Madre quiere decir ser una Memoria viva, quiere decir conservar y meditar en el corazón las vicisitudes de los hombres y de los pueblos: las vicisitudes alegres y dolorosas” (*Homilía durante la Misa de la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, 1 de enero de 1987*).

Que por la poderosa intercesión de Santa María, Madre de Chile, Virgen del Norte y del Sur, Señora del Mar y de la Cordillera, Dios bendiga a Chile.

Amados chilenos todos: ¡Dios bendiga a este pueblo con la paz, suscitando en vuestros corazones la *alegría de la fe, del amor y de la esperanza*, que de corazón yo deseo compartir estos días con vosotros!

¡Alabado sea Jesucristo!